

calma imperturbable de su sistema. Sin hacer caso de la bulla de la multitud, predicó el materialismo á sus compañeros de cadalso hasta el borde de la nada.

Así concluyó este partido, más digno del nombre de banda que del de facción. El aprecio que tenia Robespierre á Pache le salvó de esta proscripción. Robespierre no encontró al corregidor de Paris tan perverso ni tan audaz que pudiese inquietar al gobierno. Diezmado el Consejo del ayuntamiento, Pache no era en la casa de la ciudad sino un ídolo sin brazos, muy á propósito para asegurar la obediencia del pueblo á la Convencion. Poco despues fueron presos Chaumette, el obispo Gobel, Herault de Sechelles y Simon, su colega en la mision de Saboya. Así desaparecian uno á uno todos los apoyos que podian quedarle á Danton. Este nada veia, ó en la imposibilidad de impedirlo, afectaba no ver nada.

Encerrado Robespierre en su retiro despues de su victoria sobre los hebertistas, proseguía su plan de depuracion de la república. Por su propia mano escribió un proyecto de informe sobre el asunto de Chabot, que despues se encontró sin concluir entre sus papeles. Este informe, que pintaba unas miserables intrigas como atroces conspiraciones, hacia de Chabot un conjurado, cuando no era más que un alma vulgar. La sombría imaginacion de Robespierre todo lo agrandaba; su política, de acuerdo con sus sospechas, creia en la necesidad de mantener en gran terror á la Convencion, para disponerla á grandes sacrificios y para arrancarle al mismo Danton, favorito de la Montaña.

«Los representantes del pueblo—decia Robespierre en el informe—no pueden hallar la paz sino en el sepulcro; los traidores mueren, pero las traiciones sobreviven.» Despues de esta exclamacion de desaliento, sondeaba las miserias de la patria, las debilidades de la Convencion y la corrupcion de muchos de sus miembros, atribuyéndolas todas á un plan inspirado por los extranjeros para seducir y extraviar á la república, para conducirla por medio de los vicios, de los desórdenes y de la traicion hasta la monarquía. Referia en seguida de qué modo Chabot, seducido ó cómplice, se habia casado con la hermana del banquero austriaco Frey, y recibido en dote doscientos mil francos; cómo habia sido encargado de corromper á precio de oro al diputado que debia informar sobre la Compañía de las Indias para favorecer los intereses de especuladores extranjeros, y en fin, cómo habia venido Chabot, cuando ya no era tiempo, á denunciar esta maniobra, en la que él tomaba mucha parte, al comité de seguridad general. Este informe fué interrumpido por la indisposicion de Robespierre; pero Fabre d'Eglantine, Bazire y Chabot, presos por órden del comité como sobornados ó como seductores, entraron en los calabozos. Los nombres de aquellos tres diputados, que se sabia estaban unidos íntimamente con Danton, parecian indicar á la opinion pública que los satélites de aquel personaje no eran muy puros, que sus amigos no eran inviolables, y que las conspiraciones tal vez remontaban hasta él.

LIBRO CINCUENTA Y CINCO.

Robespierre y Danton.—Su entrevista.—Saint-Just en casa de Robespierre.—Inaccion de Danton.—Sesion secreta de los tres comités.—Discurso de Saint-Just.—Pide la prision de Danton y de sus cómplices.—Prision de Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Lacroix y Westermann.—Su llegada al Luxemburgo.—Sesion de la Convencion.—Discurso de Legendre.—Respuesta de Robespierre.—Informe de Saint-Just.—Proyecto de decreto contra Danton y sus cómplices.—Voto unánime.—Danton en la cárcel.—Camilo Desmoulins.—Su esposa.—Proceso de los acusados.—Su condenacion.—Su ejecucion.—Juicio sobre Danton.

I

Sin embargo, Robespierre vacilaba aún en herir á Danton. Su indecision y la de Saint-Just y Couthon, á quienes él dominaba, hacia que se meciese la muerte sobre la cabeza de aquel antiguo rival. Robespierre no le estimaba, pero tampoco le aborrecia, y habia dejado de tenerle. Si aquel hombre hubiera sido más incorruptible, de buena gana le hubiera asociado Robespierre á su imperio. Aquel Antonio hubiera completado este Lépido. Danton estaba naturalmente dotado por la naturaleza de unas facultades de que carecia Robespierre, que era la precision del golpe de vista y la vehemencia de las inspiraciones. El uno era el pensamiento, y el otro el brazo de una revolucion. El valor cívico era más obstinado en Robespierre, y el físico, más pronto y más instintivo en Danton. Estos dos hombres reunidos hubieran sido el alma y el cuerpo de la república. Pero el pensamiento de Robespierre no admitia la impura mezcla del materialismo de Danton. «Unir una buena idea á una mala no es fortificarla,—decia,—sino corromperla. La virtud vencida, pero sin mancha, es más fuerte que el vicio triunfante.»

Una viva ansiedad le agitó durante los dias y las noches que precedieron á su resolucion. Se le oyó muchas veces exclamar: «¡Ah! ¡Si Danton fuese hombre de bien! ¡Si fuese verdaderamente republicano!... Yo quisiera tener la linterna del filósofo griego,—decia en otra ocasion,—para leer en el corazon de Danton, y saber si es más amigo que enemigo de la república.»

Los jacobinos dudaban ménos en sus sospechas. Danton no era á sus ojos más que la estatua de barro del pueblo, que se desharia á las primeras lluvias. «Es necesario—decian—quitar á la multitud este falso dios, para hacerle adorar la pura virtud revolucionaria. Este Pericles de la corrompida Atenas no conviene á Esparta.»

Robespierre lo conocia, pero no se atrevia á deducir su última consecuencia. Se preguntaba interiormente si la poderosa popularidad de Danton sobre la Montaña se repartiria despues de su muerte sobre otras cabezas subalternas, tan viciosas pero ménos fuertes y más pérfidas que la de Danton, y si valia más equilibrar

con él el ascendiente sobre la Convencion, que entregar este mismo ascendiente á la casualidad de otras popularidades; si, muerto el vicioso, moriria el vicio con él en la república; si en los grandes ataques que el gobierno tendria que sostener contra las facciones que se multiplicaban, la presencia, la voz y la energía de Danton harian falta á la patria y áun á él mismo; y en fin, si la sangre del segundo de los revolucionarios que se iba á derramar, daria á algun atrevido la sed de sangre del primero; si el sepulcro de su colega sacrificado estaria sin cesar como una asechanza al pié de la tribuna, en donde se hallaba ya el de Vergniaud, y si era un buen ejemplo para el porvenir y un buen augurio para su propia fortuna el excavar así un sepulcro en medio de la Convencion, y hacerse un escalon con los cadáveres de sus rivales.

En fin, la naturaleza, que estaba vencida pero no sofocada en el corazon de Robespierre, se sublevaba interiormente en él contra las crueles exigencias del hombre político. Es verdad que Danton era su rival, pero tambien era el más antiguo y el más ilustre compañero de su carrera revolucionaria. En cinco años de luchas, de derrotas y de victorias, no habian cesado de combatir juntos para destruir el trono, salvar la integridad del territorio y fundar la república. Sus almas, su palabra, sus vigiliyas y sus sudores se habian confundido en los trabajos, en los peligros y en todos los contratiempos consiguientes para llevar á cabo la revolucion. Se sentaban en los mismos bancos, se encontraban en los mismos clubs; jamás habian tenido un choque; siempre, al ménos en la apariencia, se habian manifestado uno á otro la estimacion y el aprecio que conmueven el corazon, y se habian defendido mutuamente contra sus enemigos comunes. Habia suficiente espacio en la república para dar cabida á estas dos ambiciones distintas.

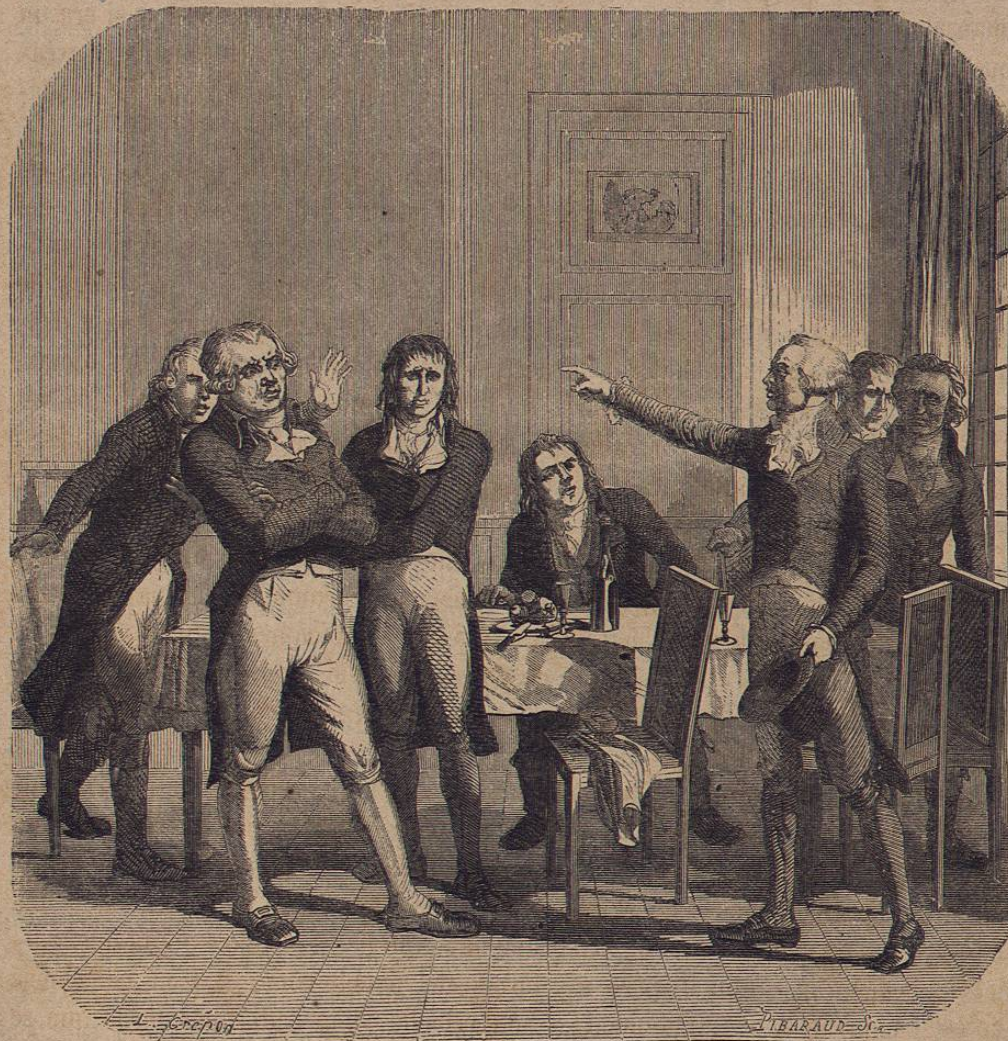
Ademas, Danton era jóven, padre de unos niños que pronto quedarian huérfanos, y estaba enamorado de una nueva esposa, que preferia al poder y que amórtiguaba su ambicion.

Couthon, Lebas y Saint-Just eran los testigos y los confidentes de la irresolucion de Robespierre, que parecia querer que la violencia moral le arrancase un consentimiento que no podia salir de su boca. Una noche entró en su casa con el rostro radiante y viéndose en él la serenidad de un hombre que ha tomado una resolucion magnánima. «Les he arrancado una gran presa,—dijo á Souberbielle,— y tal vez un gran criminal; pero soy jurado del pueblo como tú, y mi conciencia no está suficientemente iluminada.» Souberbielle comprendió más tarde que se trataba de Danton.

Como se ha visto, Danton se habia retirado voluntariamente del comité de salud pública, no para amortiguar la envidia, que empezaba á encontrarle demasiado grande, sino para disfrutar en paz de unos goces que le eran más queridos que la ambicion. El amor, el estudio, la amistad, algunos trabajos para la Convencion, algunas intrigas lánguidas y algunas esperanzas demasiado manifiestas de volver al poder, ocupaban sus dias. Reunia con frecuencia en Sevres á sus amigos Philippeaux, Legendre, Lacroix, Fabre d'Eglantine, Camilo Desmoulins, Bazire, Westermann y algunos políticos de la Montaña. Aquellos hombres, que no eran más que alegres convidados, pasaban por conspiradores. Danton, poco sobrio en palabras, se desahogaba en críticas amargas y sangrientas contra el gobierno. Danton era demasiado tímido para derribar una dictadura, y demasiado atrevido para no que-

rer aún atacarla. Afectaba el tono de un conspirador sufrido que tiene en su mano la fuerza para destruirlo todo, y que no quiere usar de ella. Aparentaba que dejaba obrar al comité de salud pública solamente para hacer prueba de su insuficiencia hasta el momento en que le conviniese detenerle. «Francia cree poder pasar sin mí; verémos»,—decia con frecuencia.

No contemplaba á Robespierre, que siempre le habia parecido un metafísico



Ultima entrevista de Danton y Robespierre.—Pág. 334.

envuelto en su virtud, embarazado en sus sistemas, y entónces encenagado en sangre. «Danton,—le decia un dia Fabre d'Eglantine,—¿sabes de qué te acusan? Dicen que no has lanzado el carro de la revolucion sino para enriquecerte, al paso que Robespierre ha quedado pobre en medio de los tesoros de la monarquía derribada por él.» «Bien,—le respondió Danton;—¿sabes tú lo que eso prueba? Que yo amo el oro, y Robespierre la sangre. Robespierre—añadió—tiene miedo al dinero porque ensucia las manos.» Se decia tambien que Danton habia hecho votar fondos considerables á la Convencion con destino al comité de salud pública, á fin de empañar la incorruptibilidad de Robespierre en las sospechas que pesaban sobre él. Lacroix y Danton habian sacado, segun se decia, grandes rique-

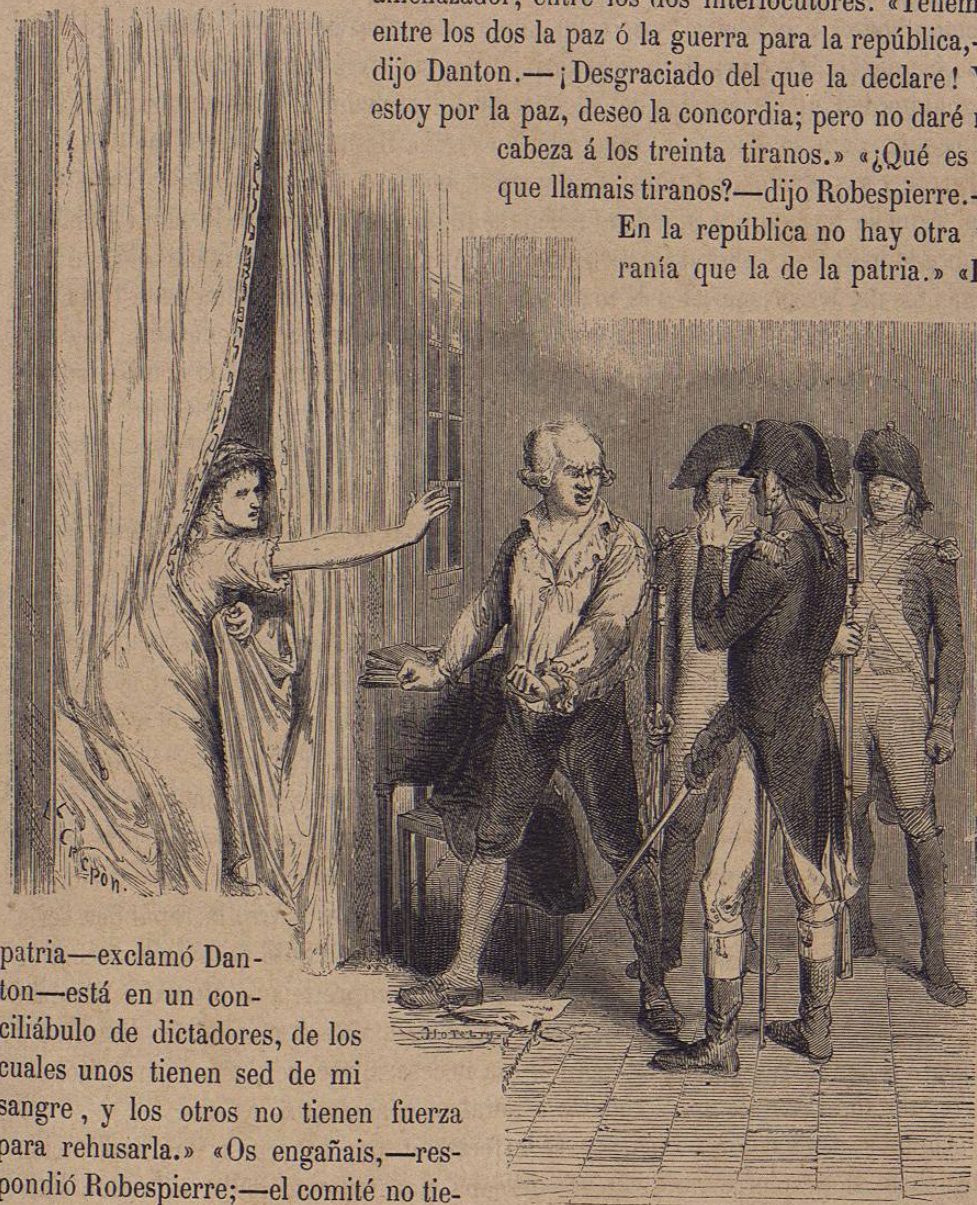
zas de sus comisiones en Bélgica. Añadíase que, no queriendo poseerlas en su nombre, se las habían prestado á la antigua directora de los teatros de la corte, Mlle. Montansier. Esta las había empleado en su nombre, pero en provecho de ellos, en construir el teatro de la Opera. Se creía también que algunos diamantes robados del guardajoyas de la corona estaban en poder de un agente de Danton. Desde que el comité de salud pública gobernaba por mano del verdugo, Danton afectaba horror á la sangre, y se esforzaba en dar á su partido el título de partido de la clemencia. Despues de buscar la popularidad en el rigor, la proseguía con la magnanimidad. Hacía señales de inteligencia á las víctimas, y se constituía en vengador suyo para lo sucesivo. Inspiraba á Camilo Desmoulins sus filípicas contra el Terror y sus alusiones contra Robespierre, haciendo de la humanidad una facción. Aquella facción era un cargo permanente contra el comité de salud pública, y sobre todo contra Collot-d'Herbois, Billaud-Varennes y Barere, instigadores ó instrumentos del terrorismo. En el momento en que un régimen semejante tuvo por acusador á un hombre como Danton, aquel régimen se vió amenazado. Bajo un gobierno cuya única fuerza era su implacabilidad, toda llamada á la compasión era una convocatoria á la insurrección.

II

La inminencia de un choque entre Robespierre y Danton era evidente á los ojos de los montañeses inteligentes. Obligados á decidirse entre aquellos dos hombres, su corazón estaba por Danton, y su lógica por Robespierre. Adoraban al primero, cuya voz había electrizado muy á menudo su patriotismo, y temían al segundo más de lo que le apreciaban. Su concentrado carácter, su frío exterior y su imperiosa palabra rechazaban la familiaridad y desconcertaban el afecto. Era éste un hombre á quien debían mirarle en perspectiva y á cierta distancia para temerle y aborrecerle ménos. Sólo el pueblo en masa podía apasionarse por aquel ídolo. Sus colegas no se atrevían á acusarle. Pero á los diputados patriotas de la Montaña no se les escapaba que si Danton era el patriota según su corazón, Robespierre era el legislador según sus miras, y que sin Robespierre, la república sería una dictadura sin unidad y una tempestad sin dirección. Sólo él tenía los secretos del rumbo y marcaba á la democracia el puerto, siempre lejano, al cual esperaban llegar bogando por aquel mar de sangre. Los montañeses no podían decidirse á perder á aquellos dos hombres; pero si era necesario escoger, seguirían á Robespierre, llorando por Danton. Todavía esperaban conservar á los dos.

Algunos negociadores oficiosos se esforzaron por conseguir una explicación entre ellos. Robespierre no se negó; deseaba sinceramente hallar á Danton bastante inocente para no perderle. Se convino en una entrevista por los dos jefes, y ésta tuvo lugar en una comida en Charenton, en casa de Panis, su amigo común. Los convidados, que eran en pequeño número, animados de un deseo ardiente de prevenir aquel rompimiento de la república, apartaron cuidadosamente del principio de la conversación todos los motivos de división capaces de despertar los resentimientos. Lo consiguieron; el principio de la comida fué cordial. Danton se manifestó franco, y Robespierre sereno. Se auguraba bien de esta unión sin choque entre dos hombres cuyas disposiciones personales podían amortiguar el combate entre los dos partidos.

No obstante, al fin de la comida, sea porque el presuntuoso Danton viese en la presencia de Robespierre un síntoma de debilidad, sea porque la indiscreción del vino soltase su lengua, ó sea, en fin, porque su orgullo no pudiese ocultar el desprecio que hacía de Robespierre y de sus amigos, ello es que todo cambió de aspecto. Se entabló un diálogo, al principio penoso, despues amargo, y por último amenazador, entre los dos interlocutores. «Tenemos entre los dos la paz ó la guerra para la república,—dijo Danton.—¡Desgraciado del que la declare! Yo estoy por la paz, deseo la concordia; pero no daré mi cabeza á los treinta tiranos.» «¿Qué es lo que llamais tiranos?»—dijo Robespierre.—«En la república no hay otra tiranía que la de la patria.» «La



patria—exclamó Danton—está en un conciliábulo de dictadores, de los cuales unos tienen sed de mi sangre, y los otros no tienen fuerza para rehusarla.» «Os engañais,—respondió Robespierre;—el comité no tiene sed sino de justicia, y no vigila sino á los malos ciudadanos. Pero ¿son buenos ciudadanos los que quieren desarmar la república en medio del combate, y los que se adornan con las gracias de la indulgencia cuando nosotros aceptamos por ellos la odiosidad y la responsabilidad del rigor?» «¿Es ésa alusión?»—dijo Danton. «No, es una acusación»,—repuso Robespierre. «Vuestros amigos quieren mi muerte.» «Los vuestros quieren la de la república.» Los convidados interpusieron entonces su mediación, hicieron que se moderasen, y casi los reconciliaron. «No solamente—dijo Robespierre—el comité de salud pública no quiere vuestra cabeza,

Arresto de Danton.—Pág. 336.